

LOS MADRILEÑOS

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO III.—TOMO II
18 de Enero de 1890.
NÚMERO 68.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JULIO VERNE

El fecundo é ingenioso novelista francés, cuyas obras, por su notable originalidad y su estilo amenísimo, han alcanzado, á pesar de su carácter *casi científico*, popularidad extraordinaria, siendo traducidas á todos los idiomas y pasando del libro á la escena, es un escritor al que sucede lo contrario que á las ediciones de sus novelas.

Porque éstas se agotan en poquísimo tiempo, y él es, por lo visto, inagotable.

El índice de sus obras resultaría interminable é innecesario. ¿Quién no las conoce y las recuerda?

Famille sans nom y *Sans dessous dessus*, han sido las últimas publicadas recientemente, y ya se anuncia la publicación de otras nuevas.

Julio Verne es aficionadísimo á los viajes. No satisfecho con escribirlos, los hace.

Si viajara como escribe, *La vuelta al mundo en ochenta días* le resultaría de una lentitud desesperante.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



CUENTA CORRIENTE



TERA vez tomo la pluma para seguir «ajustando las cuentas» al nuevo año; y aun cuando las partidas que tengo que consignar hoy no son tan tristes como las de la *cuenta* anterior, y como todos temíamos, no son tampoco, en general, tan satisfactorias y alegres como yo quisiera.

La enfermedad del Rey niño, que durante algunos días ha producido general inquietud, llevando los ánimos, en violentas y continuas sacudidas, unas veces á las más optimistas esperanzas de salvación, otra á los más lúgubres temores de muerte, ha entrado, á lo que parece, en un período de decrecimiento, que es favorable síntoma de alivio cierto, y acaso de pronta curación.

Esto que de todos modos es motivo de satisfacción sincera para cuantos de ello tengan noticia, sean cualesquiera sus ideas políticas, lo es para mí en esta ocasión especialmente porque me permite ofrecer, como complemento de aquella grata nueva, una nota cómica.

«Bien vengas mal, si vienes solo,» dice el refrán; y con motivo de la dolencia del Rey se ha descubierto el principio de una epidemia que ¡plegue al Cielo no llegue á tomar incremento!

El *dengue* poético monárquico.

Los primeros *casos* de esta nueva epidemia se han presentado, según dicen algunos periódicos, entre las firmas de las listas que han estado expuestas en la mayordomía de Palacio.

Uno de ellos tiene la forma de redondillas. Oigan ustedes:

- «¡Quiera el Cielo que el Rey niño
- »se cure de su dolencia!
- ¡»Quién, sabiendo su inocencia,
- »no le profesa cariño!
- »Que ese tan hermoso día
- »llegue pronto á amanecer
- »y haga desaparecer
- »el dolor de quien le guía.»

¡Ave María!

Otro de los *casos*, aunque no menos grave, tiene la ventaja de la brevedad.

Allá va:

- «El español es valiente,
- »como también generoso:
- »hoy sufre al ver lo que siente
- »la calenturienta mente
- »de ese Rey tan cariñoso.»

¡Elocuente—hablaste—mente!

Para terminar, el tercer *caso* conocido se manifestó en cuatro versos, cuyo autor debe ser, sin duda alguna, además de excelente monárquico, un consecuente progresista.

Porque, como ustedes verán, sus versos pueden ser cantados con la música del himno de Riego. Atención:

- «¡Guarde Dios tu existencia preciosa
- »para bien de tu madre amorosa!
- »Anhelante la Patria lo espera,
- »que te aguarda, te adora y venera.»

¡Y aún habrá quien diga que la forma poética está llamada á desaparecer... como «el dolor de quien le guía,» que dijo el otro!

Yo supongo que todos mis lectores estarán libres del contagio. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, creo prudente darles un sano consejo, é indicarles un buen preservativo.

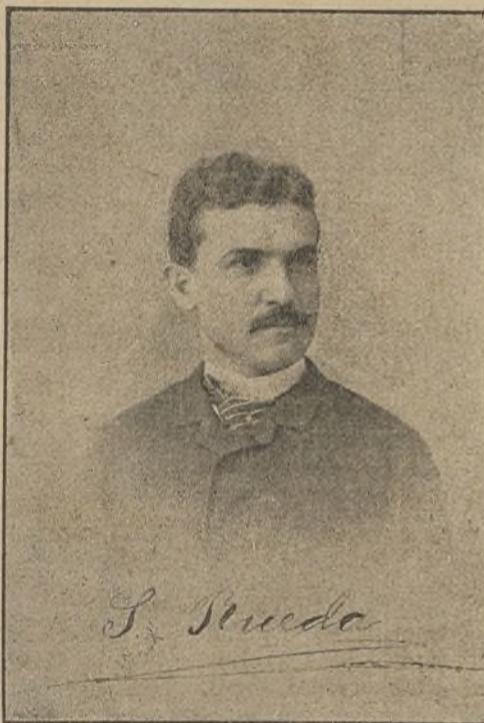
No lean ustedes ¡por Dios! en estos días, versos de Cheste, ni de Grilo, ni de Cánovas... porque predisponen.

Alégrense todo cuanto quieran, y aún más, por lo que pueda ser motivo de justo regocijo—que eso está muy puesto en razón;—tengan todos los nobles sentimientos y generosos arranques que su bondadoso corazón les dicte—que eso es muy bueno y muy santo;—pero ¡por las ánimas benditas del Purgatorio! procuren ustedes que no les sople la musa como á aquellos apreciables sujetos.

Porque el tiempo sigue bastante frío, las pulmonías y los catarros son muy traidores, y hay que tener mucho cuidado con los soplos.

Album de Los Madriles.

SALVADOR RUEDA



Distinguido escritor.

Y á propósito de *soplos*, ya sabrán ustedes que soplan vientos belicosos por el lado de Poniente.

Portugal, nuestro hermano menor, anda estos días enredado con Inglaterra en gravísimas cuestiones, que pueden ser origen de un terrible y próximo conflicto.

La pérdida Albión, imitando el ejemplo de Alemania con los españoles, ha querido apoderarse—*quia nominor leo*—de unas tierrecitas que nuestros vecinos tienen en Africa y atropellar sus derechos.

Pero los portugueses, imitando á su vez el ejemplo de los españoles (que por algo son de la misma tierra y de la misma raza) han armado la de Dios es Cristo al ver la flaqueza de su Gobierno frente á la conducta de Inglaterra, y ha habido imponentes manifestaciones populares, vivas y muertas, roturas de cristales de las casas de los ministros y del consulado inglés, arrastre del escudo de Inglaterra, etc., etc.

John Bull, tan sumiso con el oso del Norte, ha enseñado los dientes y ha tomado injustificada actitud amenazadora y agresiva al mirar enfrente una nación pequeña, pobre y débil como Portugal.

Gedeón, que no es siempre tan bobo y sencillo como se le pinta, al tener noticia del conflicto angloportugués y de la

cenurable conducta de Inglaterra, ha tomado la cosa á pechos y se ha indignado de tal modo, que, según dice, está resuelto á romper toda clase de relaciones con sus *ingleses*.

Ejemplo digno de imitación.

Mientras los portugueses están para darse á los diablos con tales disgustos, en España nos están saliendo, en estos días, *santos* como granos en Primavera.

Al *santo* de Valdepeñas ha seguido el *santo* de Iznalloz, en la provincia de Granada.

Este *santo*, que hasta ahora sepamos, no ha hecho todavía *curas*... ni monaguillos.

Pero se ha revelado como tal *Santo* del modo más extraordinario y maravilloso que se puede imaginar.

Es conocido por «Zamora,» y su oficio es componer sillas. Ocupábase el otro día en cortar un palo con tal objeto, cuando creyó descubrir, perfectamente dibujada por las vetas de aquel trozo de pino, nada menos que la verdadera y milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios.

¡Remedios!... Ya ven ustedes cómo andan cerca las *curas maravillosas* que tanto gusto dan á los devotos sencillos, y tanto provecho producen á los Santos... dobles.

Lo digo, porque ahora hay dos en juego, por lo menos: el de Valdepeñas y éste.

Pero sigamos la relación, que tengo á la vista, del prodigioso suceso.

El sillero llamó á consulta á su mujer, que fué, sin vacilar, de la misma opinión que su marido.

¡Primer milagro de la Virgen!

Mas para persuadirse antes de publicar el divino hallazgo, partieron el palo en tres pedazos, convenciéndose de este modo de que la Sagrada Imagen aparecía por cualquier parte que el palo se cortase.

Al propalarse la noticia del hecho—como era sobrenatural, alborotóse el vecindario, como era natural, y corriendo á las eras del Castillo—donde estaban los silleros—hombres, mujeres y niños, arrasados los ojos de lágrimas, besaban aquellos trozos de madera, que acordaron repartir, porque todos querían de él alguna astilla.

Pero como el palo era pequeño, y ellos tantos, y aun cuando más adelante pueda hacer otros milagros, no tuvo á bien entonces hacer uno parecido al de pan y peces, resultó que sólo unos cuantos afortunados pudieron obtener, mediante crecidas cantidades, los pedazos que había.

Los demás están inconsolables y sólo les alienta la esperanza de encontrar el árbol de que procedía aquel palo, pues es de suponer que el tronco y las otras ramas tengan la misma virtud y la misma imagen.

Si dieran con él los vecinos de Iznalloz, iban á ser felices.

Hasta ahora, el único milagro que el palo ha hecho, fué, como hemos dicho, el que la mujer del sillero fuera de la misma opinión de su marido... ¡que ya es milagro!

Aunque no haga otro,



¡figúrense ustedes la *ganga* que encuentran si tropiezan con el árbol y pesca cada marido un palo... de esos de la Virgen de los Remedios!

El que primero dé con él, ha hecho el negocio redondo, porque hasta puede poner una tienda y venderlos al precio que quiera, anunciándolos en ésta ó parecida forma:

SI OS CASÉIS
TOMÉIS
PALOS DE NTRA. SEA. DE LOS REMEDIOS
para que las mujeres opinen
como los maridos.
Remedio milagroso y probado.
¡Agítese antes de usarlo!

Antes de pasar á otro asunto, fijen ustedes su atención en una singular coincidencia que se observa en los milagros de estos *santos* que ahora se estilan, y que pudiéramos llamar de «relación *vinícola*.»

Los milagros de Luis Aceituno eran milagros de *Valdepeñas*.

Los de Zamora, el sillero, son milagros... de *palo cortado*.

Otras *partidas* que encuentro para cerrar hoy esta cuenta son dos estrenos con éxito felicísimo: en el Español, *Justos por pecadores*, drama en tres actos de don Cándido Ruiz Martínez; y en Lara, *Viajeros de Ultramar*, gracioso juguete en dos actos, de D. Miguel Echegaray; y por fin, una partida, una verdadera *partida* que ha andado unos cuantos días por Despeñaperros, destrozando la vía férrea y haciendo otras gracias por el estilo. Pero afortunadamente se ha disuelto, y, según dicen, no hay nuevas noticias de ella. Por consiguiente, al incluirla en esta cuenta, lo hago sólo indicándola como una *partida... fallida*.

FELIPE PÉREZ.

CHAMBERI POR FUENCARRAL

La tarde estaba desapacible, fría, lluviosa.

Acababan de sonar las siete en el reloj del ministerio de la Gobernación, y un grupo de gente estacionada en la esquina de la calle de la Montera esperaba ansiosa la llegada del tranvía del Norte.

Llegó éste por fin, y en tumultuosa oleada todo el mundo se precipitó á las plataformas, decidido á tomarlo por asalto; hacía frío; se acercaba la hora de comer, y no era cosa de perder el coche por empujón ó codazo más ó menos; la proverbial galantería española no quedaba allí muy bien parada, y las señoras menos ágiles y fuertes se contentaban con ir de pie en las plataformas, mientras los caballeros acomodábanse muy embozados en sus capas, en los asientos que habían conquistado á fuerza de puños. Y era de ver el contristado semblante de aquellas pobres mujeres, lanzando al interior del coche sus miradas, suplicantes algunas, irritadas las más, y de oír los murmullos de protesta que la actitud de los invasores les arrancaba.

Algunos representantes del sexo débil habían logrado, sin embargo, un asiento de preferencia, y sonreían orgullosas, como satisfechas de su triunfo.

Sonó, por fin, el silbato del conductor, y el carruaje, con un *superábit* que para sí lo quisiera en el presupuesto cualquier ministro de Hacienda, comenzó á subir peno-

samente la empinada cuesta de la calle de la Montera.

Abigarrado y pintoresco por demás era el conjunto que presentaba el popular vehículo. En uno de los rincones, cerca de la puerta delantera, un chulo con su pareja, muy juntitos, muy arrimaditos, y hablando de *sus cosas* bastante alto para hacer que se chupase los dedos de gusto su vecino, un sacerdote, alto, grueso, fornido y colorado, soplando fuerte, y sin saber dónde colocar las diez varas de paño de su inmensa capa, que le estorbaba de un modo atroz. Enfrente, una señorita muy elegante, rubia, enteca y paliducha, colocada entre el mozo de una salchichería, que llevaba sobre las rodillas un pringoso jamón, y un albañil, lleno de yeso desde la gorrilla hasta las alpargatas; el *blanco* obrero y el *untoso* industrial se encogían modestamente

SIRVIENTE NUEVA



—Es tu tipo encantador, tienes gracejo y pudor, estás sanota y robusta... ¿Has servido?

—No, señor.

—Eso es lo que más me gusta. Aquí hallarás tu acomodo, y estarás del mejor modo; pues juzgo que servirás... —Para todo.

—¿Para todo?

¡Entonces no hay que hablar más!

para molestar lo menos posible á la señorita, cuya constante ocupación era recoger con un movimiento nervioso las puntas de su largo abrigo, y estirar el hociquito y fruncir el ceño con aire de profundo disgusto. Un señor bajito y regordete castigaba con el bastón á su perro, un perrazo de aguas sucio y lleno de barro, que correteaba y se escondía por debajo de los asientos, esquivando las caricias del palo, y levantando murmullos de protesta entre los pasajeros, y una pobre mujer, triste y abatida, con un niño enfermo en los brazos, que lloraba y gemía de un modo desconsolador, mientras dos chiquillos apoyaban sus manecitas sucias sobre las rodillas de su madre, ó del vecino inmediato, á riesgo de dejarle inservibles los pantalones; dos caballeros muy elegantes departían acaloradamente sobre la crisis, y enfrente de ellos, colocado junto á la puerta, un mozállón moreno, mal encarado y peor vestido, se empeñaba en cerrar la puerta violentamente, ope-

ración que hacía el cobrador en seguida, en sentido inverso, y con no menos violencia, sin que se cambiase entre los dos ni una sola frase. Terminó el cobrador su faena en la plataforma, y comenzó á repartir los billetes por el interior, acompañando la entrega con la consabida advertencia: «Haga usted el favor de conservarlo.»

Entre los dos caballeros elegantes se armó un verdadero pugilato por cuál de ellos había de pagar.

—Yo tengo suelto...

—Permítame usted; ya lo tengo en la mano.

—No lo consiento. Cobrador, no cobre usted.

—De ninguna manera. Tome usted.

—No, de aquí...

—Tome usted, hombre.

Y el cobrador, indeciso, no sabía de qué mano aceptar aquellos veinte céntimos, hasta que al fin, cansado de tan estéril discusión, los arrebató de la mano que tenía más cerca, y continuó la cobranza.

Tocóle el turno al mozo que se empeñaba en cerrar la puerta, el cual rechazó el papelito, diciendo en tono desabrido:

—Yo no pago.

—¿Eh?

—Que no pago he dicho, hombre. ¿Es usted sordo?

—¿Tiene usted pase?

—¡Ay, pase!

—Entonces...

—No pago porque van más viajeros en el coche de los que manda el reglamento, y no tengo obligación de pagar.

—¡Usted paga ó lo tiro del coche abajo!

—¿A mí? ¡Ni aunque vinieran diez cobradores como usted, hombre!

—¿Que no?

Y el cobrador hizo ademán de realizar su amenaza, armando en el coche una confusión infernal.

Lloraban los chiquillos, ladraba furiosamente el perro del caballero regordete, quería apearse, llena de pavor, la señorita vecina del jamón, y el sacerdote gordo barbotaba frases de paz y mansedumbre, mientras que el chulo del rincón se *rascaba* el bolsillo interior de la chaqueta y se colocaba en marcial actitud delante de su hembra, resuelto á defenderla si las cosas iban mal dadas, como él decía.

Afortunadamente la cosa no tuvo consecuencias; el mal pagador se apeó, empujado cariñosamente por casi todos sus compañeros de viaje, y el asiento vacío fue ocupado inmediatamente por una real moza, que venía en la plataforma.

El coche había descarrilado. Fué necesario retroceder entre los gritos y juramentos del conductor, una lluvia de palos descargados sobre el lomo de los pacientes caballos y las quejas de los pasajeros por el retraso que aquel contratiempo les ocasionaba.

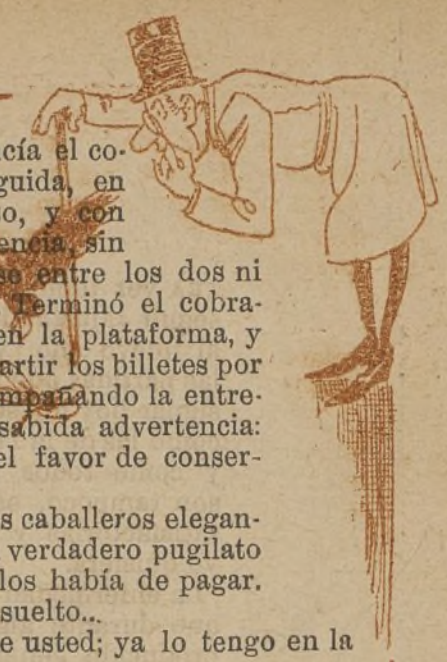
Las quejas eran justísimas. A casi todos les haría comer la sopa fría la poca pericia del conductor.

Este, exponiéndose á ser detenido por blasfemo, y anatematizado por la Sociedad protectora de los animales, siguió pegando y jurando, y logró al fin volver á colocar el carruaje sobre los rails.

Llegó el tranvía al Tribunal de Cuentas. Parada. Nadie se movió.

Algunos iban arriba. Los demás continuaban hasta la puerta de Bilbao.

Subió una señora vieja, elegantísima,



con dos niñas con largos abrigos deman-
gas perdidas y sombreros *estrepitosos*.

La mamá, pues parecía serlo de aque-
llos pimpollos, asomó la revocada faz y
preguntó con acento de mal humor:

—¿No hay asiento?

—No, señora, replicó el cobrador, al
mismo tiempo que daba la señal de mar-
cha haciendo sonar el timbre.

La vieja presentó á entrambas niñas,
empujándolas suavemente hacia el inte-
rior á fin de que las viesan, diciendo con
meloso acento:

—Niñas, pasad... aunque sea de pie.
Aquí dentro hace menos frío.

Las niñas y la mamá miraron carifio-
samente á todos los viajeros *machos*. Nin-
guno se movió. La buena señora se mor-
dió los labios con despecho, y exclamó
bastante alto para que todos lo oyeran:

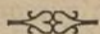
—¡Groseros!!

Nadie se dió por aludido.

— Dos minutos después había yo llegado
al término de mi viaje.

No había subido el revisor á moles-
tarnos recogiendo los billetes. Verdad es
que nadie los había conservado.

E. NAVARRO GONZALVO



EL CEMENTERIO A DOMICILIO

Aunque, según el poeta,

los inventos del siglo diecinueve
no son para tratados por la plebe,

quiero tratar hoy de uno de los más no-
tables con que se despide de la huma-
nidad

el siglo del vapor y del buen tono,
como lo llamó Bretón de los Herreros,
cuando aún no se había convertido en
el siglo de la electricidad y de las polé-
micas entre los neos.

Debemos este invento (es decir, lo de-
berá el que no pague las cuentas al in-
ventor), á un doctor Cooper, de Pitts-

¡POR DELANTE!



Es Rosario sorprendente
mirada así, por delante;
pues tiene la chica un frente
de lo más interesante.

Mas, por detrás, irrisorio
es el tipo de Rosario,
porque tiene un promontorio
que parece un dromedario.

Moraleja.

No debe uno fiarse, ciertamente,
mirando á la mujer sólo de frente.

INSTRUCCIÓN DEL RECLUTA



I.—Pero, cuadrúpedo, ¿no te he dicho me-
dia vuelta á la derecha? ¡Pum!

II.—¡Cernicalo! ¿No me oyes? Media vuelta
á la derecha. ¡Paf!



¡PEGABAN!

—¿Sabes tú lo que te digo, Chato? Que en *cuanti* que te vea otra vez hablando con la
Bastiana, la voy á pegar á ella la *manguzá* del siglo.

—¿Y sabes lo que te digo, Narices? Que en *cuanti* que tú la faltes á esa señora, te voy
á pegar yo á tí el estacazo de la Era cristiana.

—¡Veremos quién pega!

—¡Veremos!

—¡Adiós, goma arábica!

—¡Adiós, engrudo!

burg, en los Estados Unidos; cuyo país
es en nuestros tiempos la tierra de pro-
misión de los inventores y los audaces.

¡No más entierros! ¡No más embalsa-
mamientos! ¡No más cremaciones!

He ahí la parte negativa del programa
del doctor Cooper.

La positiva consiste en traer el cemen-
terio á domicilio, proporcionando á las
familias el medio de conservar los restos
de las personas queridas en forma de
«cadáveres para andar por casa.»

El doctor Cooper somete los cuerpos á
una presión hidráulica—á gran tempera-
tura—que los condensa «en una masa
compacta, inalterable y sin olor, con la
apariencia del mármol.»

Así dice en sus prospectos el aprecia-
ble *condensador de difuntos*; y no sólo lo
dice, sino que empieza por predicar con
el ejemplo.

Encima de la mesa de su despacho
tiene un sujetapapeles de elegante
forma.

—¡Hombre! ¡Bonito chirimbolo!—dice
un amigo que lo ve.

—No es un chirimbolo—responde el
doctor, dando un cariñoso beso al sujeta-
papeles;—es mi hijo Fulanito, que murió
hace cinco años.

El amigo se cree obligado á dar otro
besito al *bibelot* (que un aficionado á re-
truécanos llamaría en este caso *bebelot*,
por tratarse de un *bebé*), y á pocas dotes
de Gedeón ó Calino que le haya conce-
dido la Naturaleza, se prepara á decir
con más ó menos turbación:

—Es muy monín... ¡Se le parece á us-
ted mucho!

El extraordinario descubrimiento del
doctor norteamericano solamente po-
drán apreciarlo las inconsolables Arte-
misas, para cuyo dolor no es bastante
alivio ir á llorar ante el mármol *della*
tomba freda.

Cooper dice á la desconsolada viuda:

—¡Nada de mármoles que te oculten
los restos del ser amado! Desde ahora

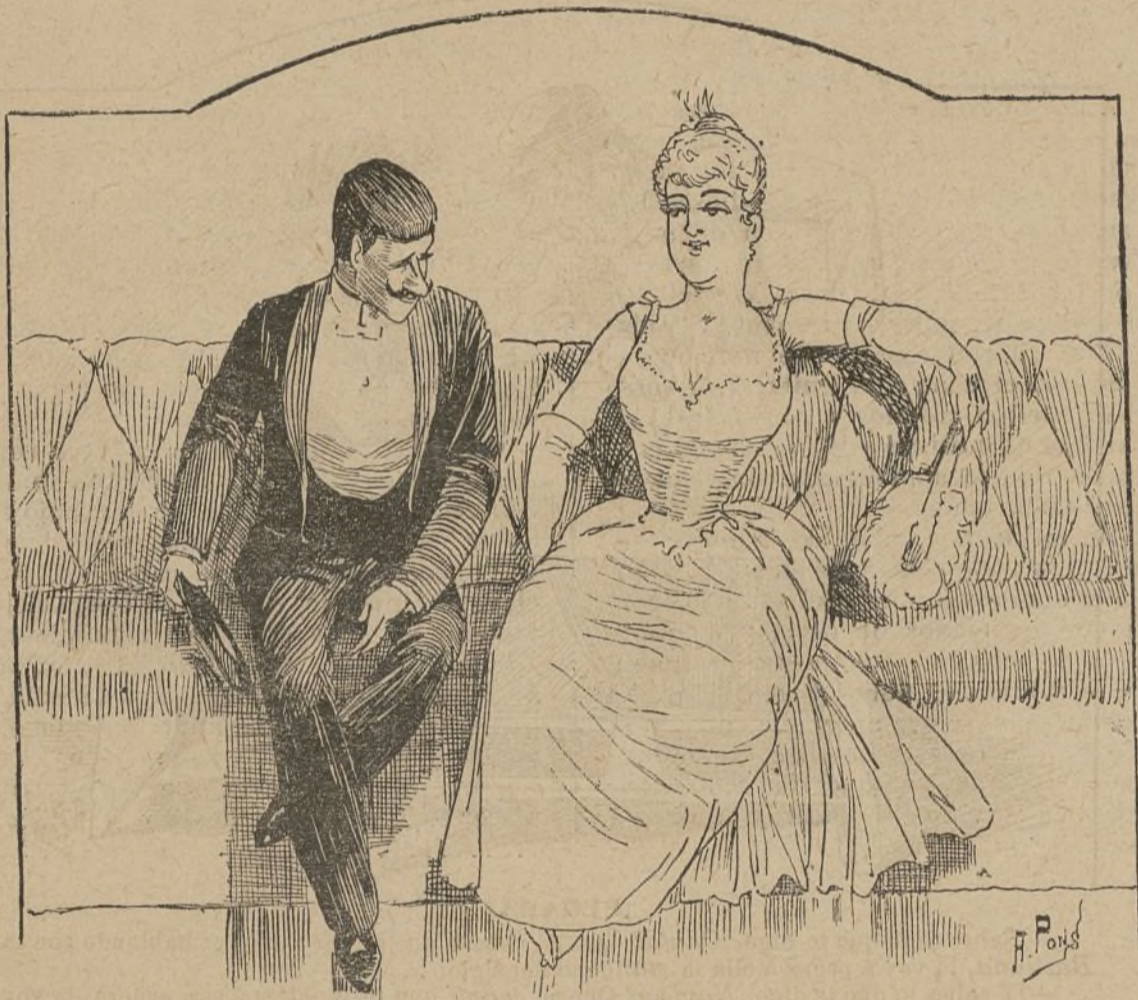
INSTRUCCIÓN DEL RECLUTA



III.—¡Acémila, mediaaa vueltaa á la derechaaa! ¡Pum!



IV.—Pero, estúpido, ¿no entiendes?
—¡Reontra, si es que matontas!



CORTEDADES

—Ernestina: cuando estoy á su lado, es cuando más siento ser tan corto de vista y tan corto de genio...
—Y tan corto de alcances.
—¡Puede!
—Pues, Arturo: cuando un hombre es tan corto, es cuando más expuesto está á que la mujer le diga: ¡ea, largo!

podrás llorar ante el verdadero marmolillo de tu esposo.

Para los viudos ofrece algunos inconvenientes la invención del doctor de Pittsburg.

Supongamos ¡oh lector! que el viudo eres tú, y que tienes encima de un velador el cuerpo de tu difunta, convertida (ó convertido, según te refieras al cuerpo ó al alma) en un objeto de forma más ó menos caprichosa.

Llega un íntimo tuyo, te coge el chisme (y perdona la irreverencia), y distraído, empieza á jugar con él.

Tú sufres, y apenas te atreves á decir al indiscreto:

—¡Pero, hombre!

Cae tu íntimo en la cuenta; deja el sagrado objeto encima del velador: y toda la excusa que te da viene á ser esta nueva puñalada:

—Dispensa, Manolo. No volveré á ha-

cerlo más. Me había olvidado de que estaba enredando con tu mujer.

Y agradece ¡oh viudo! que tu íntimo no diga todavía para sus adentros:

—¡La costumbre!

A cambio de estas desventajas, el curioso invento contribuirá á amenizar mucho la vida de familia.

Cuando se turbe la paz conyugal y se rompan las hostilidades, será un gran desahogo para marido y mujer arrojarle mutuamente sus suegros respectivos.

Y dirán los niños de la casa:

—Papá y mamá se han tirado los abuelitos á la cabeza.

Así, «parientes y trastos viejos» que ya eran, según el adagio, cosas análogas, vendrán á ser cosas idénticas.

Y así también, el Rastro se convertirá en la verdadera Necrópolis de Madrid.

No se podrá ir por allí sin hacer á cada paso lo que D. Francisco de Quevedo

cuando le servían algún pastel de carne: que rezaba devotamente un Padrenuestro por el alma del difunto.

Irá uno (no un difunto, sino un vivo) á buscar una palmatoria de lance, y al escoger entre dos de ellas, reconocerá en una á un tío, y en otra... á un acreedor.

Muchas emociones son éstas para que las resista gente tan quebrantada por la neurosis como la de fines del siglo XIX.

No por eso es menos admirable el invento de Cooper, ni dejará de tener interesantes aplicaciones prácticas.

Las estatuas de los hombres ilustres se harán con sus propios restos, y como el tamaño de las efigies será el del octavo menor, en un solo escaparate (*vitrina*, que dicen los *galicursis*) cabrán ochenta ó cien celebridades, dos de cada especie.

Para los personajes políticos habrá una forma que dar, invariable é invariablemente, á la consabida, «pequeña masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol;» y esa forma habrá de ser la de las bolas de billar.

¿Por qué?

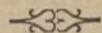
Pues por tres razones:

1.^a Porque siendo, como son, tan embusteros, la forma de «bola» perpetuará su condición personal.

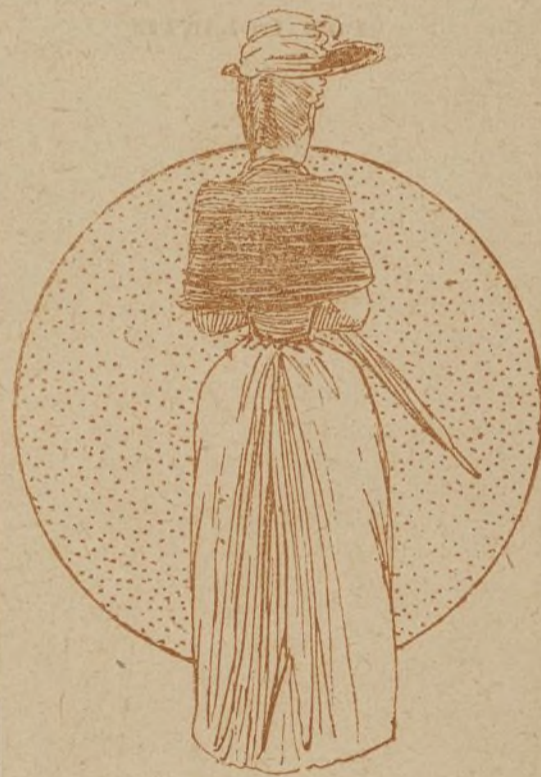
2.^a Porque esa misma forma recordará también la estúpida redondez de sus cabezas y el poco pelo que con ellos echa el país.

Y 3.^a Porque así, después de lo que esos personajes juegan en vida con nosotros, tomándonos por mingo, podremos desquitarnos haciendo carambola y palos con sus sagrados restos, ó metiéndolos de un tacazo en la tronera, á falta de mejor tumba.

MARIANO DE CÁVIA



POR DETRÁS!



Seduces hasta lo infinito vista por detrás, Loreto. ¡Qué andar tiene tan bonito, y qué cuerpo tan... completo!

Pero, mirada de frente, no hay persona á quien no espante, pues tiene seguramente más *trompa* que un elefante.

Moraleja.

Nadie se debe de fiar jamás, si á la mujer ve sólo por detrás.



El mantón de Manila

Trataré en esta poesía ó capítulo del pañuelo de Manila, símbolo de las juergas, seguidillas, soleás y demás repertorio clásico que caracteriza al pueblo andaluz, todo lo cual cae bajo la jurisdicción casi universal de la guitarra.

Sin meterme á decir quién deja la razón ni quién la lleva entre los que le denigran y los que le defienden, discurriré un poco sobre sus flores y ondearé en el aire sus flecos, como aquel que hace valer su opinión colocando en alto la bandera.

La sola aparición de ese trozo de jardín andaluz es un triunfo completo para su defensa. Derramado sobre un cuerpo femenino, nos mostrará una mujer de flores; amarrado con nudos y lazos á una bailadora, nos deslumbrará con la combinación artística de sus pliegues.

Abrir un pañuelo de Manila delante de nosotros, es lo mismo que desdoblarse de repente una primavera: la viva apoteosis de color seducirá nuestros ojos y nos hará temblar de placer.

Puede tener la toca de la monja todo el misterio y toda la poesía mística imaginables, y simbolizar la callada vida del claustro con sus rezos como susurros de brisas, sus fiestas de coro y sus labores de paciencia; puede la blanca mariposa que lleva parada en la cabeza la hermana de la Caridad representar la piedad cristiana que vela á la cabecera del lecho de los enfermos, la fe que cae como rocío en los corazones, y la humildad, y la resignación, y el deber; puede la mantilla sevillana hacernos soñar con los limoneros llenos de flores, con los balcones como acuarelas, con las calles torcidas y el hablar roto y pintoresco; puede el pañuelo que cobijaba la cabeza de la antigua raza española personificar la virtud y la hidalguía, la mujer dedicada al hogar y á la religión, y el pensamiento siempre velando por el honor; pueden, en la sucesión de modas de los tiempos, haber desfilado; todos los adornos por la bella cabeza y el gracioso cuerpo de nuestras mujeres pero ningún atavío es tan artístico y brillante como la cabeza cubierta de flores prendidas al desgaire; los rizos cayendo en desorden sobre la frente; libres de toda manga los brazos, y el pañuelo de Manila cayendo como aluvión de flores sobre los hombros y enseñando la larga y complicada ola de flecos que se mecen y ondulan como el festón de espumas en las playas.

En la procesión de los pañuelos de Manila, el manto de la diosa callejera pasea

el tránsito y se impone á todo cuerpo de mujer.

El barrio parece la abigarrada paleta de un artista. Mantones azules; blancos con ramos y puntos de oro; encendidos como flor de granado y fleco negro, que se arrastra en mil ondulaciones; verdes con relieves de rosa y pájaros de desplegado plumaje; de color de naranja manchado de blancas estrellas como encendido crepúsculo con luceros; blancos simplemente; negros con líneas de fuego; de todos los colores y de todos los matices, se ven desfilando en original sucesión

ante las ventanas, las cuales sostienen, por medio de cables flotantes, lámparas de papeles que habrán de encenderse en el momento de pasar, entre vivas fervientes del pueblo, la procesión.

La carreta de la fiesta del Rocío se cubre también con pañuelos de Manila, como el gabinete de elegantes colgaduras. Los bueyes, cubierta la cabeza bajo un crespón de borlas y de sedas, tiran del vehículo de plata, como los monstruos del carro fingido de los dioses. Las varas del tardo vehículo son de metal precioso; el eje es un cilindro áureo; la portada es un arco de flores bajo el cual se descubren mujeres ricamente vestidas con el adorno español de flores en el pelo. En el centro, la guitarra preludia al són de los crótalos y al rumor de las panderetas moriscas. Es la fiesta de la gracia, que pasa en originalísimo cuadro nunca imaginado.

En las juergas ardientes, la mujer canta con apasionados dejos su copla, y tuerca al hombro la punta del pañuelo como diestro manejador de capa, y deja á la vista la incitadora redondez del seno entre el marco de flores y bordados. La mesa que se eleva ante ella, enseña el cúmulo de cañas y botellas donde luce sus visos de oro pálido el rico champagne español, el vino del placer y la risa, la manzanilla.

Cuando mayor es el bullicio y el bailarador va á subir á ejecutar su extraña danza sobre la mesa, ella arráncase el deslumbrante pañuelo de los hombros, lo tiende en el tablero lleno de cristales, y pasándolo á lo largo, arrolla y tira el colmo cristalino y mancha la riqueza de sedas de colores.

Pero donde mejor ostenta su esplendor el mantón de Manila es en el cuerpo ondulado de la bailadora. Arrollado en artísticos pliegues sobre la nuca, que la deja á descubierto con los leves y sueltos rizos de pelo; cruzado sobre el busto oprimido y saliente de donde arranca la garganta como columna de marfil; traídas atrás las puntas que se enlazan en la cintura y caen en manojos de hebras sobre la falda; ocultando las redondas caderas bajo dos soberanas bandas de flecos que oscilan y retiemblan á cada movimiento de la bailadora; manchado por todas partes de ramos vistosos, pájaros brillantes, adornos y bordados, enséñase de uno y otro lado, según que la mujer gira sobre sus pies al són de la guitarra, ó se retira ó adelanta ondeando los brazos como banderas.

Con el aguacero de flecos cayendo por todos los lados de su cuerpo, corre, salta, puntea, se precipita de repente en medio de un menudo trenzado de pies entre las demás figuras, que, también envueltas en mantones, como estatuas de piedra en el ropaje, la acompañan y hacen coro con tempestad de vivas y palmadas.

La bailadora, como si nada fuese con ella, yergue sobre el soberbio busto la cabeza á modo de quien siente bajo sí rodar las miserias humanas, y ora hace estremecer, de una airosa cabezada, los claveles hincados en su pelo, ora deja asomar los pies en dulce movimiento bajo la falda; tan pronto cuelga la cabeza de un lado y mira al soslayo á medida que el cuerpo la va dejando atrás en su vuelta, y ya pára, ya corre, ya va en casi imperceptible rotación que hace estremecer todo el tren de flecos y bordados.



PRESCRIPCIÓN FACULTATIVA

—Nada, nada... Esto va perfectamente... Ahora, mucho cuidado, mucho régimen... Nada de abusos ni de imprudencias... Y si ha puesto usted lista, y en ella algunos amigos han puesto versitos... ¡nada de leerlos, por Dios!... ¡¡ó no respondo de usted!!

Quando haya desaparecido de la garganta española la fórmula de la mala-gueña, y nuestros cantares háyanse extinguido del pueblo andaluz, y los romances en que se dió forma plástica á nuestras costumbres dejen de ser aprendidos de memoria por el pueblo que recita los versos de Zorrilla, entonces desaparecerá lo único característico y nacional que tenemos: la guitarra, las coplas llenas de sentimiento, y las *juergas* vistosas, tan llenas de vida y valientes de color como las orgías antiguas, y más apreciables en la bella figura de la bailadora, ante la cual no hay creación de artista posible ni pincel que se atreva á vencerla en curvas gentiles, trazos arrogantes y aposturas de diosa.

SALVADOR RUEDA.

EL BUEN JEROMO

FRAGMENTO DE UN POEMA

Y, desde el día aquel, la pobre anciana, que tanto por la joven se interesa, nota, con gran sorpresa, que el tonto de Jerónimo se afana por huir de la niña, si la besa; que come menos y que duerme poco, que mira hacia el vacío fijamente, y murmura, de un modo incoherente, mil frases propias del que ya está loco. Y, dando á su semblante un tinte serio, en sí se reconcentra, (encuentra y, aunque encuentra un misterio, nunca en qué razón puede haber para el misterio. ¡Pobre mujer, que en oración se pasa el tiempo que le dejan los quehaceres monótonos y rudos de la casa, y conoce de oídas los placeres! No ha visto más del mundo que su aldea, é ignora que, al mirar ciertas mujeres, dan siempre latigazos á la idea... No ha sentido jamás un torpe anhelo; y si vuelve la vista á lo pasado, parece pasearla por un cielo donde está el otro cielo reflejado; y como premio de virtudes tantas, Dios tiene ya mandado se la ponga en la lista de las santas.

Digno hijo de tal madre, el buen Jeromo resulta un infeliz de tomo y lomo... Une al pecho y al brazo de un atleta voz apacible y condición tan mansa, que si algún buey se cansa... él se pone á tirar de la carreta. Aguanta la rechiffa de la gente con algo de estoicismo y mansedumbre, teniendo la costumbre del prudente, que es tener la bondad como costumbre. A todo de buen grado se acomoda, y, aunque es su terquedad de las mayores, escucha con placer la eterna oda que los pájaros cantan á las flores.

LUIS DE ANSORENA.



EN LA CAMA—SOLILUQUIO

Si ahora, que hay crisis, entraran mis amigos en el poder, y me dieran un destino, me armarían. ¡Conque no digo nada si pudieran entrar mis amigos!

CHIRIGOTERÍAS

Diálogo de actualidad.

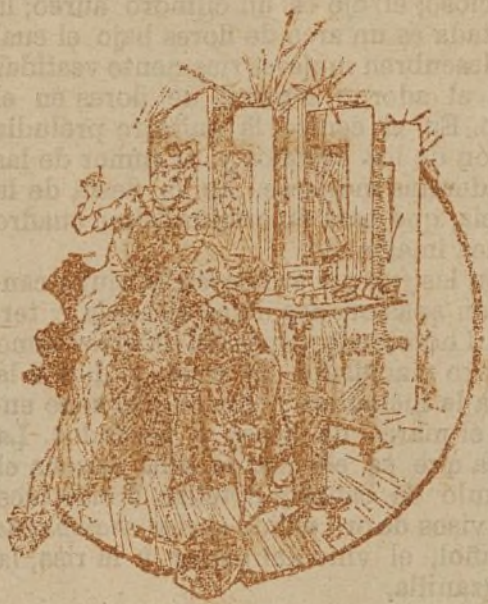
—Chico, estoy hace mucho tiempo tan acosado por los *ingleses*, que... ¡me río yo de los apuros de Portugal!

—Pues yo, chico, no tengo más que un *inglés*, al que debo cuatro mil pesetas, y... ¡mira qué coincidencial... El *inglés* mío es un portugués.

—¿De veras? ¡Qué fortuna! ¡Pues ya te has librado de *eso*, porque ese hombre tiene que dejar de ser *inglés*... por patriotismo!

¡CARAMBA!

Yendo en coche de primera Simplicio Calabacera, que es cortés hasta lo sumo, preguntó á una viajera: —¿La molesta á usted el humo? —¡A mí, mucho! contestó con prisa, la interrogada. Simplicio un puro encendió, y con asombro exclamó: —¡Caramba! ¡Pues á mí, nada!



Don Amando ha sido siempre un calavera arrogante; muy amigo de amoríos, de bromas, *juergas* y bailes. Ya está viejo; y, sin embargo, aunque plagado de achaques, ved cómo se arregla para echar una cana al aire.

Gedeón sube en uno de los tranvías del Norte.

A poco se le acerca el cobrador, y Gedeón, después de registrar cuidadosamente los bolsillos del pantalón y del chaleco sin encontrar nada, saca la cartera, y de ella dos billetes de 25 pesetas.

—Ya ve usted, dice enseñándolos al cobrador, que no tengo más dinero que éste, y no debo pagar.

El cobrador, sonriendo, replica:

—¿Y por qué no? Deme usted uno, y verá cómo se lo cambio.

—¡Imposible! exclama Gedeón guardando los billetes en la cartera. Hay que respetar las órdenes de la Empresa, que por algo ha puesto en los carteles ese letrero.

Y señaló á uno que decía:

Consérvense los billetes.

El cobrador ha caído enfermo de estupefacción.

TELLO TÉLLEZ.



HORTI-INCULTURA

—Pareces una alcachofa con tantas hojas, Turibio. —Y tú pareces un nabu pur lu secu y pur lu friu.

PROPIO Y AJENO

Nuestro estimado amigo y colaborador Salvador Rueda va á publicar dentro de pocos días un nuevo libro, del que formará parte el precioso artículo *El mantón de Manila*, que en otro lugar insertamos, favorecidos por su buena amistad.

Dicho libro, titulado *Granada y Sevilla*, será el tomo segundo de la «Biblioteca de autores célebres,» y obtendrá seguramente el éxito brillantísimo que han alcanzado todas las anteriores obras del distinguido escritor malagueño.

Nada más difícil que dar bien una mala noticia, y ninguna peor que la que nos advierte que tenemos un año más.

Los Sres. Espasa y Compañía, de Buenos Aires, y nuestro buen amigo el editor de *La esquila de la torratxa*, lo han comprendido así, y al publicar sus almanaques respectivos para 1890, dándonos aquella desagradable noticia, lo han hecho en la forma más agradable que se puede imaginar.

Recomendamos, pues, á nuestros lectores que compren, si ya no lo han hecho, el almanaque de *La esquila de la torratxa*, que es un portento de gracia, y el *Almanaque Sud-americano*, que es un prodigio de elegancia y de buen gusto.

Banco Hispano-Colonial.

El Consejo de administración, cumpliendo con lo dispuesto en el art. 34 de los estatutos, ha acordado el dividendo de 100 pesetas á cada acción, por los beneficios líquidos del 13.º año social.

En su virtud, se satisfará á los señores accionistas el expresado dividendo desde el 7 del actual á la presentación del cupón núm. 12 de las acciones, acompañado de las facturas, como se facilitarán en este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1.

Las acciones domiciliadas en Madrid cobrarán en el Banco de Castilla, y las que lo estén en provincias, en casa de los comisionados de este Banco.

Se señala para el pago en Barcelona desde el 7 al 29 de Enero, de nueve á once y media de la mañana. Transcurrido este plazo, se pagará los lunes de cada semana, á las horas expresadas.

Lo que se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 2 de Enero de 1890.—El secretario general, *Aristides de Artiñano*.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor**.

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exíjase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: **Montera, 25.**—Oficinas: **Palma alta, 8, Madrid.**

LUNAS

en blanco, plateada, grabadas y biseladas.

SIÓN Y GUGEL

2, PALMA ALTA, 2

Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Artículos de capricho para

BODAS Y BAUTIZOS

CARRETAS, 27 Y 29

Teléfono 212.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LEJÍA FENIX

PARA EL LAVADO Y FREGADO

Medalla de plata en la Exposición de Barcelona de 1888.

Unico premio concedido hasta el día á las lejías.

Pedido en todas partes.

Treinta y cinco céntimos paquete de medio kilo.

Sucursal: Plaza de San Nicolás, 6, 1.º

MUEBLES

Y

TAPICERÍA

RIESCO

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

LA MARGARITA

EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y

muy reconstituyente.

Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central:

Jardines, 15, Madrid.

ALMACEN

DE

BLONDAS Y ENCAJES

De Juan Francisco Rodríguez.

Lutos en 24 horas.

Se hacen vestidos con ó sin géneros de esta casa.

ABRIGOS.—SOMBREROS

17, ESPOZ Y MINA, 17

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid en todas partes esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

Se venden sueltos á peseta.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

AGUAS de MONDARIZ

Las primeras conocidas en Europa para las enfermedades del estómago y aparato génito-urinario.

Depósito, siempre recién traídas:

Plaza de Herradores, 12,

principal izquierda.

Doctor MORALES

Carretas, 39.

Pastillas y pildoras azoadas.

Toses, catarros, asma.

Pildoras Lourdes.

Purgantes, depurativas.

Tónico-genitales.

Debilidad, impotencia.

Café nervino medicinal.

Jaquecas, epilepsias, etc.

Principales boticas y droguerías.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores, perforadores, prensas para taladrar cupones, imprentillas á mano, tenazas y plomos de precintar, tintas, etc.

41, Carretas, 41.

PINILLOS

Camas inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Competencia en precios.

ALCALÁ, 17

(Junto á Fornos.)

Para anuncios en esta plann: Agencia de publicidad, 51, Montera, 51.